

## CAMBIO DE GUARDIA

### El ritual

#### *The ritual*

Coral Suero Méndez

Desde la cristalera miro hacia el interior. Parece que hoy está más llena la sala que otros días. Veo sombras que se deslizan entre las cortinas. Me pregunto si estarán bien o tendré que ponerme manos a la obra.

No más preguntas ni incertidumbre. El tiempo apremia y hay que ponerse a la tarea. Me acerco hacia la zona donde se guarda el material. Mientras camino noto el roce de la tela del traje que me acabo de poner. Es áspera. Siento molestias en las axilas, en los muslos algo menos gracias a las medias descanso. Además, este horrible color azul oscuro, casi negro, me hace parecer un enterrador.

Creo que debería haber ido antes al baño, después ya no tendré ocasión. Es tarde ya para dar marcha atrás. Me esperan. Hay demasiado ruido en esta sala exterior. Demasiada gente en movimiento. Hablan. Casi gritan. Me incomoda el ruido. También el de las máquinas, no cesan de pitar.

Hoy toca protector celeste. Hemos pasado por todo el arco iris. Desde el negro bolsa de basura, pasando por rojo cereza, verde esperanza o amarillo. Con los colores también nuestro ánimo fluctúa. El amarillo era bonito. Parecíamos burbujas de champán flotando dentro de la zona de aislamiento. Ahora toca celeste y además brillante, como el de las bolas de Navidad. Por cierto, cada vez está más cerca. Quién lo diría, con el sol que hace. Sin embargo, esta mañana he visto nieve en la Maroma. Me ha dado un vuelco el corazón, no lo esperaba. Ya había notado al salir del coche que el tiempo había cambiado. Sigo sin medias y el frío se cobijaba entre mis piernas, pero con las prisas que traía casi ni lo he notado. Además, me gusta sentir el frío mientras camino ligera.

Parece que hoy estoy torpe, no acierto a cerrar el cuello con el velcro. Tampoco logro dominar el cordón y aunque intento apretarlo para no parecer una bola gigante, no llega bien. Cada vez lo hacen más cortito. No quiero pensar que sea lo contrario, que me estoy poniendo como un barril.

No sé si me estoy liando con el orden. Tendré que volver a mirar el cartel. A estas alturas. Primero los pies y luego el gorro en la cabeza. Gorro sobre gorro. O mejor, redecilla sobre gorro. Me veo reflejada en el cristal de la "pecera" y no puedo evitar la risa. Me faltan

los rulos debajo de la redecilla. Como las viejitas que iban a la peluquería de mi barrio cuando yo era niña y metían las cabezas en aquellos grandes secadores. Les tenía miedo a aquellos artulugios. Estaba segura de que allí dentro te robaban el pensamiento.

Me ajusto la goma de la mascarilla alrededor de las orejas. Blanca. Me ahoga, me agobia. Respira despacio, con calma. No te aceleres. Ya parece que estoy mejor, pero el dolor de las orejas continúa. Tenía que haberme hecho caso y traerme un plástico de los que tenía en el cajón del escritorio, esos que sirven para enganchar las gomas y separarlas de las orejas. Tengo uno que pone "héroe". Lo guardaré de recuerdo. Ahora la mascarilla azul, esta es más suavcita. Protege a la primera y ambas me protegen a mí, salvo que me equivoque al quitármelas.

Ya casi estoy ¿me queda algo? Vuelvo a revisar el cartel. Crujo al girarme, como si estuviera pisando nieve, como si toda yo fuese un copo de nieve agrietándose ante un rayo de sol ¡Las manos! Me faltan las manos. Aquí está, el agua bendita. Supongo que aún no se le ha ocurrido a la Iglesia, pero deberían bendecir esta agua milagrosa. Porque lo es. Me protege igual que en la batalla protege un escudo. Me embadurno las manos y comienzo el ritual. Las froto en círculo, una contra otra, las froto en vertical, una frente a otra, las froto en horizontal, una sobre otra. Y que no me descuiden los dedos gordos, los grandes olvidados. Ahora de uno en uno, primero el izquierdo, luego el derecho. Debería llevar las uñas más cortas. Ya casi he acabado. Me quedan los pulpejos de los dedos. Siento cosquillas en la palma de mi mano. El olor a alcohol me embriaga. Ritual finalizado.

Ahora creo que sí ¿o no? Reviso de nuevo. Nada de anillos, ni colgantes, ni pendientes. ¡Los ojos! Del cubo saco las gafas de plástico que huelen a lejía, las seco con el papel que encuentro a la derecha y me las coloco. Gafas sobre gafas. Algo turbia la visión, pero me adapto.

Guante sobre guante. No olvides ajustar el puño, que no asome ni un pedacito de piel. Estos guantes son pequeños y cuesta adaptarlos a cada dedo. Mucho más si son dos. Vuelvo a revisar el cartel. Creo que ahora sí, ya no me falta nada.

Filiación de los autores: Directora de UGC Urgencias, Hospital de la Axarquía, Av. del Sol, 43, 29700 Vélez-Málaga, Málaga, España.

Contribución de los autores: La autora ha confirmado su autoría en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Autor para correspondencia: Coral Suero Méndez. Directora de UGC Urgencias, Hospital de la Axarquía, Av. del Sol, 43, 29700 Vélez-Málaga, Málaga, España.

Correo electrónico: coralsuero@gmail.com

Información del artículo: Recibido: 2-12-2021. Aceptado: 3-12-2021. Online: 26-1-2022.

Editor responsable: Antoni Juan Pastor.

DOI: 10.55633/s3me/E092.2022

Avanzo con lentitud, muy torpe. Visión borrosa, respiración ruidosa y el corazón a cien. Abro la puerta de la cristalera que da acceso a la sala de aislamiento. A mis pies la gran alfombra, pero no roja, solo húmeda, impregnada en lejía. Me poso en ella y recuerdo al astronauta que pisó por primera vez la Luna.

Cierro la puerta de la cristalera y avanzo con torpeza

hacia las camas donde la esperanza y la soledad se dan la mano. Camino como si estuviera flotando. Intento sonreír exageradamente para que se me note en los ojos. Con torpeza acaricio la mano que encuentro en la primera cama. No sé si con tanto guante se puede alcanzar a transmitir calor. Sí. Cierro los ojos y lo siento.

El silencio lo inunda todo y me alivia.